



Bautismo del Señor: morir y resucitar con Cristo

Pietro Perugino, El bautismo de Cristo (1482), Capilla Sixtina

Con la solemnidad del Bautismo del Señor concluye el tiempo de Navidad, que comenzó

con la contemplación del Misterio de la Encarnación manifestado en el Niño de Belén y se cierra con la manifestación pública de Jesús ya adulto que comienza su misión.

Una dificultad para comprender el sentido del bautismo, en general, es que, en su forma actual, este sacramento se administra por infusión, derramando agua en la cabeza del bautizando por tres veces mientras se invoca el nombre de la Trinidad. Pero debemos tener presente que ésta es una estilización de la forma original: bautismo significa etimológicamente “inmersión” (en el agua). El bautizado era sumergido completamente en el agua y luego emergía de ella. Intuitivamente entendemos que la inmersión representa simbólicamente la muerte, y el emerger, el renacimiento a una nueva vida. El agua tiene ese doble simbolismo: puede representar muerte, caos y destrucción (ej. el diluvio) o puede connotar purificación y vida. El bautismo representa, pues, morir a la vida anterior y renacer a una vida nueva, alterando la secuencia natural (primero vivir y luego morir), significa un morir *para* vivir. Su comprensión como purificación no se debe simplemente a que el agua lava y limpia, sino a que se muere a la vida del pecado y se renace a una vida de santidad.

Ésta es la idea que explica el tenso diálogo de Juan Bautista con Jesús, al comienzo del Evangelio. Juan objeta: no soy yo el que debería bautizarte a ti, sino tú a mí. Pero Jesús le responde: “es preciso que cumplamos con toda justicia”, es decir, debemos cumplir la voluntad de Dios. En otras palabras, Jesús no se bautiza por motivos personales (Él no tenía pecado) sino en orden a su misión. Y ésta es la misión que Dios le encomendó: hacerse solidario con nosotros, los pecadores, hasta sus últimas consecuencias, compartir nuestra muerte, para resucitar como “primicias” de la Nueva Creación, rescatándonos y llevándonos a nosotros consigo. Por eso, sólo su muerte y resurrección esclarecerán plenamente el sentido de este gesto.

Pero ¿qué relación tiene el bautismo de Jesús con nuestro bautismo? San Pablo expresó claramente en su carta a los Romanos, capítulo 6, cuando dice: “Por el bautismo fuimos sepultados con él (es decir, con Cristo) en la muerte, para que, así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva. Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección”. Nuestro bautismo es identificación con Cristo y, por lo tanto, un cambio definitivo de vida, porque si hemos muerto al pecado, ya no podemos seguir viviendo en él.



Por esta razón, originalmente, el bautismo cristiano era solo para los adultos, porque sólo un adulto puede tener la madurez y libertad necesarias para la conversión, entendida como decisión de radical de renunciar para siempre a la vida anterior (morir) y entrar en una vida nueva (renacer). Sin embargo, una vez evangelizado el mundo conocido, ya no se trataba tanto de incorporar adultos que se convertían sino a los niños de familias ya convertidas.

El bautismo de niños fue discutido en diferentes momentos de la historia, pero se impuso en la Iglesia por razones sólidas. Mientras que el bautismo de adultos pone de manifiesto la responsabilidad personal de quien abraza la fe, el bautismo de niños resalta la gratuidad de la salvación, que el niño todavía no puede merecer. Pero la finalidad última

del bautismo de niños es que, llegados a adultos, abracen libre y personalmente la fe. Por esa razón, la ley de la Iglesia ordena “suspender” el bautismo mientras no exista “esperanza fundada” de que el niño, una vez bautizado, va a ser educado en la fe. Lo contrario sería convertir un “sacramento de la fe” en un acto de magia.

La mayoría de nosotros hemos sido bautizados de pequeños, y ni siquiera tenemos recuerdos de ese hecho. Fácilmente podemos llegar a pensar que nuestro bautismo es un acontecimiento puntual que quedó en nuestro pasado. Sería un error. Aunque nos bautizaron por infusión, simbólicamente hemos muerto con Cristo al pecado y hemos renacido a la vida nueva de hijos de Dios. Podemos decir que la escena del bautismo del Señor que hemos proclamado se actualiza en nosotros. En efecto, cuando fuimos bautizados, “se abrió el Cielo” para nosotros, el horizonte de la vida eterna, el Espíritu Santo, la vida de Dios, descendió sobre nosotros haciéndonos hijos de Dios en Jesucristo, y la voz del Padre nos llamó por nuestro nombre (el que se nos impone en el bautismo), por primera vez, diciendo: “Este es mi hijo muy querido /esta es mi hija muy querida, en quien tengo puesta toda mi predilección”.

Ésta es nuestra identidad más profunda: la de haber sido amados, agraciados y llamados por Dios. Pero este nuevo ser que hemos recibido por gracia, debemos transformarlo en una realidad existencial con nuestra libre decisión. La vida de la gracia tiene siempre ese ritmo o dinamismo de morir para vivir. Para ser purificado de mi pecado no basta cualquier arrepentimiento o deseo de cambiar: necesito morir a la vida vieja, la vida de pecado, y renacer a la vida nueva de la santidad. Para vivir en el amor no basta mi buena voluntad y mi decisión de ser más bueno: necesito morir a mi vida anterior, centrada en mí, y abrazar una vida nueva centrada en la entrega a Dios y a los demás. En una palabra, si quiero convertir en realidad vivida mi identidad como bautizado debo seguir sin reservas al Señor: como dice San Pablo, debo identificarme con su muerte para poder identificarme con su resurrección.

Pbro. Gustavo Irrazábal